

Prólogo

Al estudiar el fenómeno pornográfico, a menudo me he topado con imágenes de violencia, tortura, violación, humillación... La evolución rápida hacia lo hiperduro, a partir de finales de los años noventa, generalizó estos espectáculos cada vez más crudos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, sólo se trataba de escenificaciones. Escenificaciones extremas y ambiguas, es cierto, porque eso es lo propio del porno, una mezcla de ficción y de realidad. Pero estas producciones también tenían parte de representación cinematográfica; pertenecían al ámbito del artificio, con un guión, actores, actrices, realizadores... En los años setenta, se oía decir que existían vídeos que supuestamente representaban violaciones y asesinatos muy reales de una o varias víctimas, pero no existía ningun-

na prueba formal de lo que los rumores llamaban las películas *snuff*. No obstante, yo empezaba a hacerme preguntas: a partir del momento en que se muestran individuos reducidos a «cosas», de los que se puede disponer a placer, ¿qué nos impide deslizarnos de la ficción a la realidad?

En 2004, todo se trastorna. Es cuando aparecen los vídeos macabros, realizados por grupos islamistas. Circulan libremente por Internet y los ven miles de personas en Occidente. Muestran la fría ejecución por degollación de cientos de prisioneros occidentales en Irak o en Afganistán. Encontré en ello una triste respuesta a mis primeras preguntas, la realidad había sustituido progresivamente a la ficción. Las imágenes representaban torturas y asesinatos *reales*. Quise saber más. ¿Cuál era la amplitud del fenómeno? ¿Qué mostraban exactamente los vídeos? ¿Dónde se podían encontrar? ¿Quién los miraba? Y sobre todo, ¿cómo habíamos llegado a ese extremo?

Al tomar la decisión de intentar responder a estas preguntas, de comprender, no sabía entonces que iba a embarcarme en un auténtico viaje a las profundidades del infierno.

Porque esta vez ya no se trataba de reflexionar sobre esa mezcla ambigua de ficción y de realidad que pone en escena la pornografía, sino de llevar a cabo un estudio sobre la violencia real y el horror extremo puestos al alcance de todos los usuarios potenciales de la Red. Una violencia y un horror que no son el producto de una simulación, sino que muestran violaciones, torturas y degollaciones perfectamente auténticas. Una violencia y un horror que expresan la crueldad en estado puro. De manera que, durante meses, dudé, aplacé, no di el paso. Después, un día, tomé la decisión. Empecé a mirar, una vez, otra vez, una vez más...

Cabría preguntarse por qué sentí la necesidad –o la obligación– de visionar esas imágenes, en ocasiones varias veces. Cabría también observar que la voluntad de comprender, por loable que sea, no está exenta de riesgos. Debo precisar, sin embargo, que el descubrimiento y el análisis de estas producciones no se deben a ninguna especie de gusto por el horror. Cada vez que «hacía clic» sobre un vídeo, sentía aumentar la repugnancia; cada vez tenía que «forzarme»; cada vez

era violento... Pero tenía que saber exactamente de qué iba a hablar; para no basarme en las impresiones de los demás; para observar de primera mano y sin intermediarios un fenómeno cuya magnitud, visiblemente, no deja de aumentar.

A lo largo de este estudio, visioné decenas de vídeos de degollaciones. Habría podido continuar, porque en Internet se encuentran muchos más. Pero había alcanzado el umbral físico y psíquico de la tolerancia. Además, el acceso a estas imágenes no siempre es fácil; para llegar a ellas, a menudo hay que navegar por la Red durante horas, pasar de un sitio a otro y a veces entrar en páginas web que se encuentran en el límite de la legalidad. Porque el sitio principal que antes hacía fácilmente accesibles estos vídeos –Ogrish.com– se cerró definitivamente en enero de 2006. En efecto, se dieron cuenta de que, cada día, más de 200.000 personas miraban aquellas imágenes y de que el número de visitantes superaba los 700.000 cuando se ponía en línea un nuevo vídeo. Hoy, otros sitios ofrecen los mismos servicios, pero el acceso es más complicado. Entre los sitios

francófonos que continúan mostrando estas imágenes, el número de visitantes varía de 6000 a 8000 al día, pero no se dispone actualmente de ningún dato sobre los sitios anglófonos y árabes.

Otro elemento significativo es la multiplicación de foros de discusión alrededor de estos vídeos. He visitado varias decenas de ellos. Igualmente, en este caso, es imposible saber cuántos hay de forma precisa y cuál es el número exacto de visitantes. Existen pocos sitios que den cifras (según las escasas indicaciones disponibles, el número de inscritos oficiales se elevaría a un centenar y el de visitantes a varios miles). Más allá de la precisión de los datos cuantitativos, en cualquier caso es cierto que miles de personas, sobre todo jóvenes, miran estas imágenes, a veces repetidamente, y lo que muestran es literalmente insoportable.

¿Cómo explicar que tanta gente quiera visionar estos vídeos? ¿Quieren informarse, como dicen a veces en los foros, o simplemente se sienten «intrigados» por la muerte filmada en directo? ¿Qué razones, qué pulsiones conducen a un adolescente o a un

adulto a contemplar o a discutir durante horas en un chat con desconocidos acerca de estos indecibles espectáculos? ¿Qué visión del hombre pueden tener, cuando viven en una sociedad que no deja de potenciar los derechos humanos? Además, ¿qué se puede hacer? ¿Hay que permitir que estas imágenes sean accesibles? ¿El cierre de los sitios que los cuelgan sería un beneficio para el interés general o un atentado contra la libertad de expresión?

Mi propósito es justamente intentar esclarecer estas cuestiones. Pero, para hacerlo, necesito empezar por contar mi «viaje» y describir las consecuencias, la principal de las cuales es anestesiar poco a poco, «neutralizar», el juicio del espectador. Estas imágenes extremas que se construyen con un trasfondo de odio, odio tanto hacia uno mismo como hacia los demás, estos vídeos que hacen un espectáculo de actos de barbarie generan, en efecto, una nueva forma de barbarie, la de la *indiferencia*.

Lo cual es como decir que la muerte como espectáculo nos concierne a todos. Porque el fenómeno se produce muy cerca de

nosotros, incluso en nuestras propias casas, donde la crueldad penetra por el pequeño tragaluz del ordenador o del móvil. Después del reinado de la telerrealidad, ¿hemos entrado en el de la «realidad-horror»?